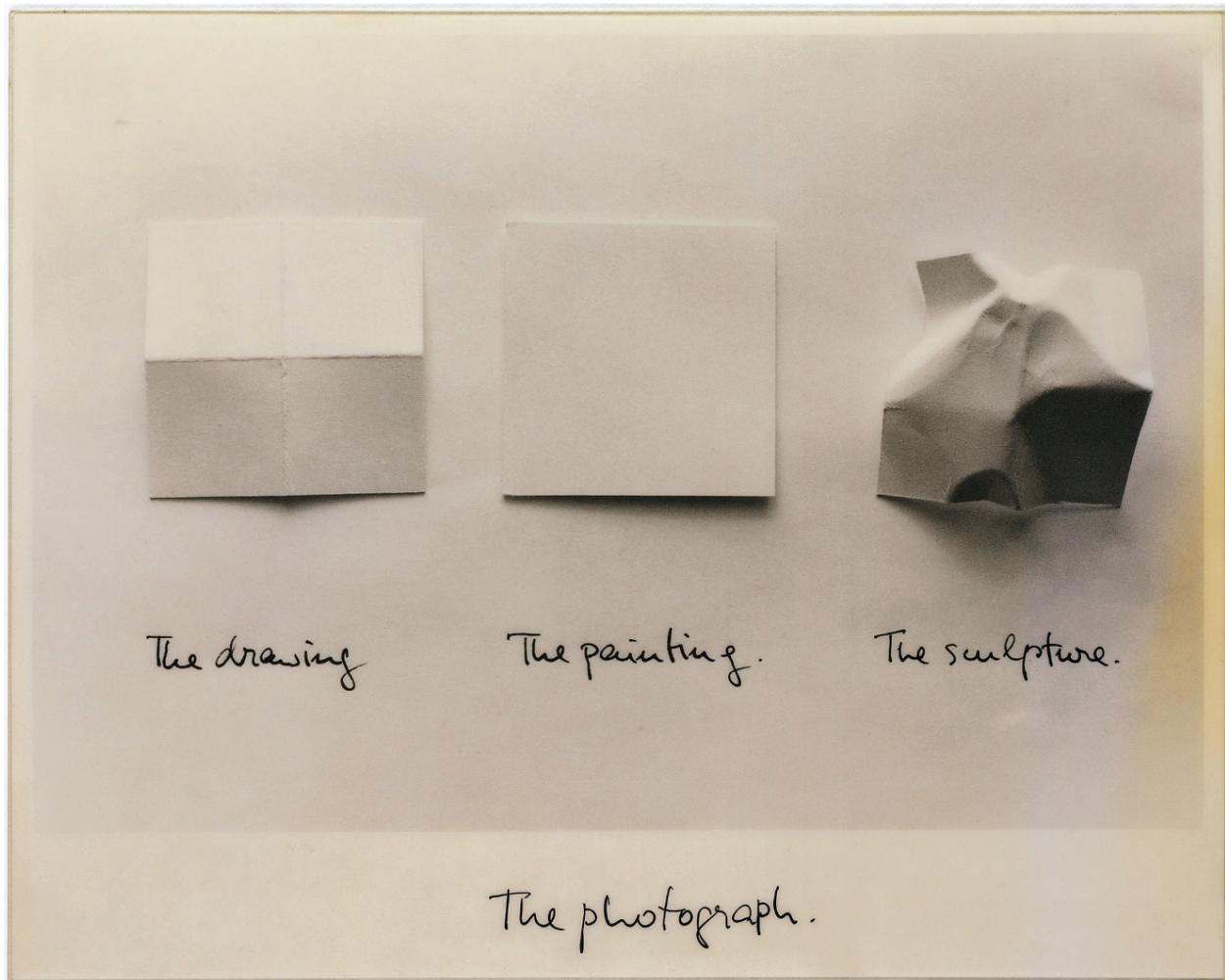


Filosofía hoy



Luis Camnitzer. *The Photograph*. 1981

Si atisbamos el pasado a través del retrovisor de la historia escrita y dibujada en paredes, piedras y pergaminos, podría ser poco claro en qué momento las prácticas del pensamiento se convirtieron en lo que hoy conocemos como filosofía. Claramente, los griegos de la antigüedad, a quienes se les atribuye el milagro, no fueron los primeros pensantes que se enfrentaron con preguntas existenciales para tratar de asir su entorno y crear, en consecuen-

cia, su mundo; como tampoco es cierto que los romanos, que sometieron a los griegos, hubiesen sido más inteligentes que estos.

Ya en la Mesopotamia de los pueblos nómadas, hace más de unos siete mil años, el nacimiento de la escritura, al tiempo que las prácticas mercantiles, habían comenzado a perfilar la cooperación entre humanos como una forma de pensamiento conjunta que claramente

marcó la diferencia con las demás especies. Bajo una lógica sistémica de intercambio de bienes y sentidos simbólicos, se dio impulso a una carrera que decenas de miles de años atrás había comenzado con los primeros *Homo sapiens*. Nada es fortuito, todo está conectado. Esa es una de las máximas que nos trae eso que llamamos filosofía y que, en consecuencia, nos tiene hoy aquí, como dueños de nuestra propia perfidia.

Como todo lo que nombramos, esta palabra aparece posterior al hecho mismo que sugiere. Incluso, con cada época su significado se torna diverso. Hoy, a lo mejor, puede ser una palabra que signifique para muchos una asignatura inquietante de los grados avanzados de la básica secundaria; para otros, una forma de vivir. Y entre estos dos significados, una gama inmensa de alternativas para comprender una práctica que ha permitido a la humanidad conocer el universo, rumiando ideas: la filosofía, palabra que suelen traducir acudiendo al origen de las dos palabras que le dan cuerpo como amor por la sabiduría (*philo-sophia*).

La filosofía nace como la ciencia madre, así se pensó durante cientos de años, pero tuvo que pasar mucho tiempo para que bajara al mundo de los mortales, a la arena vernácula, a la apropiación del gran vulgo, a la calle misma. A diferencia de la capacidad denotativa de la ciencia, la filosofía no permite la práctica, el ensayo-error propio de los experimentos empíricos. Sus métodos son especulativos, cerebrales, y usa la palabra como herramienta privilegiada para sus disquisiciones y elucubraciones. Con el tiempo, esa ciencia madre se escindió en dos formas diferentes de trabajar los enigmas de los fenómenos: filosofía y ciencias naturales, y para esta última los números han sido su lenguaje.

Esta ciencia del pensamiento se especializó y concentró en formas connotativas, llenando de sentidos las palabras hasta elevarlas al

complejo estado de “conceptos”. Al margen de esta brevíssima historia, el arte siempre ha sido la arena donde las dos formas de conocer terminan por aprehender el mundo. Arte, filosofía y ciencia, tres tramas básicas que, como resultado, nos han permitido elaborar el conocimiento humano, el mismo que se ha perfilado como camino expreso a la “iluminación” de la sabiduría.

Sin duda, la gran hazaña humana que, paradójicamente, nos tiene al borde del colapso ahora mismo, tiene que ver con su capacidad sin igual de hacer que muchos sujetos distintos cooperen en un solo frente común. Hoy, incluso, la cooperación se logra sin que nos tengamos que conocer los unos a los otros. Cooperamos cuando comemos, dormimos, corremos, amamos, hablamos, leemos o simplemente estamos y somos. Incluso, hemos diseñado el algoritmo más grandioso y perfecto de todos, uno que se mueve a nivel global con tal perfección que no es fácil darse cuenta de su dramática agitación, tal como pasa con la rotación y traslación de este planeta: el mercado, que como diría Adam Smith, parece tener tras de sí una mano mágica, capaz de dar orden al caos.

Tanto las palabras como los números nos han sido dados para comunicarnos, para juntar todos los caminos, como pensaron en algún momento los romanos y, como la mimesis que emula la naturaleza, hacer del sistema de conexiones una pseudo biología, un artificio posible por los avances de la ciencia y la filosofía que comienza a dar visos de inteligencia artificial. Una obra de arte ya no elaborada por ningún dios sumerio o hebreo, sino por la humanidad en su conjunto, a pesar incluso de su incapacidad de ver la evidente Torre de Babel que significa esta megalítica construcción que ha tardado todo el tiempo de la historia en concretarse: la realidad.

En la tapa de esta edición de la *Agenda Cultural Alma Máter* se pueden observar dos ventanas.



Luis Camnitzer. *Fenster*. 2001

3

Cada una de ellas presenta un paisaje a su manera. Aunque hay quien vea, por qué no, dos huecos cuadrados, taponados con libros a manera de bloques. En una imagen una abertura al mundo, en la otra su cancelación. El autor, Luis Camnitzer, uno de los artistas latinoamericanos que mejor ha sabido moverse con la palabra en un giro del arte contemporáneo que lo acerca a la filosofía y, en consecuencia, a evadir la forma plástica -quizá por su melosa condición decorativa y por tanto, su abierta potencia a la mercantilización- es el invitado con sus palabras- obras a este número 278 de la *Agenda* que, con textos de Liliana Cecilia Molina González, Sebastián Mejía, Diego Antonio Pineda R., Diana Melisa Paredes Oviedo, Francisco Cortés Rodas, Jorge Echavarría C., Claudia Patricia Fonnegra Osorio, Paula Cristina Mira Bohórquez, Santiago Arango Muñoz y Luis Alfonso Palau C. con una traducción del texto *Orientaciones* de Frédéric Lordon explora y procura ver la condición de esa ventana que sugiere el conocimiento a través de la filosofía para nuestro tiempo presente.

Esta conjugación de múltiples visiones actuales sobre esta nodal disciplina del pensamiento, incluida esta versión visual de Camnitzer, nos permiten adentrarnos en una forma ciertamente efectiva de entender el devenir humano. Una forma que ha pasado cuatro quintas partes de su corta (o larga) historia desde la concreción en la antigua Grecia tratando de conversar con Dios. Ahora, la misma disciplina ha cercenado cualquier posibilidad de una existencia divina, siendo la humanidad la única capaz de erigir o negar la potencia mística de la creación. No hay más dioses, solo gentes inteligentes colaborando, mientras juegan a ser deidades. Este, entre otros, es uno de esos nuevos (viejos) problemas debatidos y deshojados en la arena de la filosofía hoy. Tal vez sea la filosofía misma el único escenario capaz de hacernos entender en sus vertientes de lógica, ética, moral y estética, lo que ya intuimos, pero nos resistimos a creer: quien juega con fuego tarde o temprano arde también en su propia pira.

Oscar Roldán-Alzate